

CAPÍTULO XXXIII

Decadencia de las misiones. — Las Californias. — Sonora y Sinaloa. — La voz de Las Casas. — La Iglesia católica abogó siempre por la libertad. — Colegios de propaganda. — Nuevas diócesis en la California. — Visita á las órdenes religiosas. — Jesuitas repuestos y expulsados nuevamente. — Representaciones al gobierno. — Contradicciones de los liberales. — Conducta del gobierno de los Estados Unidos con ciertos misioneros.

Cuando el ilustre autor de *El Genio del Cristianismo* defendía la justicia del clero frances para recobrar los bienes que le habían sido arrebatados, decía : « Por la gloria de la religion y por la perpetuidad del sacerdocio, reconozcamos que las iglesias pueden recuperar entre nosotros ese antiguo derecho de poseer como propietarios de que estaban investidas aun ántes del establecimiento de nuestros abuelos en las Galias. ¡Qué! el mas infeliz de nuestros aldeanos poseerá muchas veces un terreno, un surco, un árbol, y el clero que ha desmontado nuestros bosques, plantado nuestras viñas, enriquecido nuestro suelo con plantas extranjeras, que ha trasportado la abeja del Atica á las costas de Narbona y el gusano de la China á las moreras de Marsella; ¿el clero no

cosechará una espiga en los vastos campos largo tiempo fecundados con sus sudores y algunas veces regados con su sangre? ¿Seremos para los ministros de Dios mas avaros que la muerte? Ella les dona al ménos algunos piés de tierra que jamas les quita. ¡Qué! los que levantaron tantos monumentos útiles á la patria y edificaron poblaciones enteras ¿no tendrán en estas un techo donde ampararse en su vejez? ¡Qué! esos hombres que en los dias de paz se ocupaban en ahondar nuestros canales, en trazar nuestros caminos, en levantar puentes sobre nuestros rios; esos hombres, que en tiempos de calamidad pagaban el rescate de nuestros reyes, redimían nuestros cautivos, socorrian nuestros apestados y derramaban generosamente el tesoro de la Iglesia; estos hombres, decimos, ¿recibirán limosna en los hospicios que ellos mismos han fundado?... » Cuando en el congreso mejicano se discutía si debía ó no el gobierno conservar en su poder los fondos dejados para las misiones de los infieles por algunas personas piadosas, un diputado (1) levantaba su voz elocuente en defensa de la inmunidad de aquellos bienes, y para probar el ningun derecho que asistia al gobierno para retenerlos, citaba con entusiasmo aquellas palabras del ilustre vizconde en el recinto del congreso mejicano, y las aplicaba á los misioneros de la California, de Sonora y de Sinaloa, exclamando : « Recordemos que nuestros misioneros tuvieron que trasportar aun la tierra á las Californias; recordemos que han sido heróicos sus padecimientos, que sufrieron

(1) El S. D. Juan Rodriguez de San Miguel, en la sesion del 28 de Marzo de 1844.

desnudez y alguna vez se hallaron en estado de no conservar dos de ellos un mismo traje. Tantas privaciones, tantas fatigas, tanto celo y tantos trabajos, necesitan ser recompensados de otra manera mas justa y mas generosa que con la expoliacion de sus bienes; y no de bienes que poseían esos misioneros con algun título dudoso, sino de bienes que les fueron legados por personas que podian disponer libremente de lo suyo. » Estas palabras que en sí mismas llevan el sello de la justicia, no tuvieron sin embargo todo el éxito que era de esperar. *Un millon y setenta y cinco mil pesos fuertes*, propiedad del fondo de misiones, puesto por los particulares á disposicion del obispo, pasaron á las cajas del gobierno, y aquel, reducido á la miseria mas espantosa, desde el fondo de las vastas soledades que recorrian las tribus salvajes que trataba de convertir, escribia al gobierno mejicano diciéndole : « Religioso de profesion y habituado desde mi juventud á una vida llena de privaciones, no me parecen nuevas las que actualmente sufro. No es, pues, el deseo de evitar estas el que me hace elevar la voz ante el supremo gobierno, sino el cumplimiento del sagrado deber en que me hallo de procurar evitar la ruina de mi Iglesia. Situada esta en medio de un vasto desierto que mide mas de setecientas leguas, sin poblacion, sin clero, sin rentas, exhausta de todo, si ha civilizado las tribus errantes, si ha conservado el culto divino en mas de cuarenta templos, si ha sostenido los ministros de que necesitaba, ha sido únicamente por los recursos que le proporcionaban, así el sistema económico con que se estableció, como el fondo de misiones que tenia á su

disposicion. Pero todo esto ha faltado de repente, ¿qué será de esta Iglesia y qué de sus ministros, de sus templos y de sus convertidos? Los templos se arruinarán, los neófitos se dispersarán, y los sacerdotes enfermos, ancianos y achacosos, los mas en vísperas de sucumbir llorarán á la orilla del sepulcro el aniquilamiento y la ruina de los pueblos que fundaron con tanta fatiga y abnegacion. » Cada vez que hemos leído estas líneas que escribia al supremo gobierno uno de los prelados mas apostólicos que admiró la República Mejicana, nos ha parecido ver en ellas escrita la historia de las misiones que en los vastísimos territorios de la alta y baja California, de Tejas, de Sonora y Sinaloa, plantearon con increíble sacrificio tantos fervorosos sacerdotes durante la dominacion española en aquellos paises.

Iniciadas por la Compañía de Jesus, las de California llamaron la atencion del rey de España por su Estado floreciente y el fervor y la laboriosidad de sus neófitos á principios del siglo pasado. Los nombres de Picolo, Salvatierra, Kino y Ugarte serán eternamente venerandos para todos los que aman la civilizacion del género humano. Ellos fueron los primeros europeos que hablaron la lengua de los monquis y escribieron la doctrina de Jesucristo en el idioma bárbaro y difícil de los lamoynas. Cuando hubieron vencido las primeras dificultades que para realizar esta grande empresa les oponian las costumbres salvajes y el carácter tenaz de aquellas naciones; cuando hubieron recorrido sin mas guia que su ardiente fe y sin otra proteccion que la del cielo, vastísimos territorios donde ningun rastro encontraron de civilizacion,

y cuando su vida habia corrido mil peligros y sus fuerzas estaban agotadas por las fatigas de largos y penosos viajes; por privaciones infinitas en la comida y el vestido, y por la influencia de los climas ardientes y malsanos, tuvieron el consuelo de contar mas de sesenta mil cristianos y un número crecido de pueblos y de iglesias en donde los fieles reunidos eran instruidos por sus misioneros. Lo que hacian los jesuitas en las Californias, lo practicaban los religiosos de San Francisco en las vastas provincias de Nuevo Méjico, San Luis de Potosí, Tejas, Coahuilas y Tamaulipas. Los neófitos de estos religiosos aprendian no solamente los principios de la religion cristiana, sino tambien los trabajos de la agricultura y las artes que podian serles de utilidad en la vida social á que se les reducía. Dos religiosos tenian á su cargo cada cristiandad ó distrito, y repartian entre si los trabajos mas penosos que debian practicar desempeñando los oficios de su ministerio. El uno presidia las siembras de los neófitos, tomaba el arado para enseñarles el manejo de ese instrumento que los indígenas no conocian y para alentarles en las fatigas de la cultivacion á que no estaban acostumbrados; el otro catequizaba en la casa parroquial á los gentiles, enseñaba á leer á los niños en la escuela y confesaba á los que pedian ser lavados de sus culpas con las aguas de la penitencia. De este empeño fueron resultado los rápidos progresos que habian hecho aquellas misiones ántes de la revolucion que echó por tierra el trono de los reyes de España en las Américas.

Los indígenas que habian abrazado el cristianismo en las misiones de la alta California hasta el año de 1852,

no eran ménos de ochenta y siete mil, y los que se instruían en ese mismo año no bajaban de diez y seis mil. Las veintiun misiones que existian en esa época florecian á pesar de las convulsiones que agitaban la República Mejicana. En rededor de todas ellas se habian fundado grandes pueblos en los cuales habia carpinteros, herreros, albañiles, músicos y toda clase de artesanos.

Volviendo la vista al otro extremo del territorio mejicano, encontraremos que las misiones de Tabasco y de Yucatan presentaban poco mas ó ménos la misma perspectiva que aquellas. Un hombre célebre, cuya voz apostólica se hizo oír de un extremo al otro de la América defendiendo la libertad de los indígenas; un hombre que atravesó en tres ocasiones el Océano para referir al rey católico los inmensos vejámenes que sufrían los naturales del Nuevo Mundo que la conquista acababa de someter á su dominacion; un sacerdote, finalmente, que al desprendimiento y abnegacion propios del apóstol de Jesucristo unia un valor á toda prueba grande, fué el primero que plantó la Cruz en estas regiones y el fundador de las numerosas cristiandades que mas tarde poblaron las provincias de Chiapas, Soconusco, Campeche y Yucatan. El inmortal Bartolomé de Las Casas fué ese hombre, y su historia es la historia de los esfuerzos hechos por los ministros de Dios para procurar la libertad de los indígenas en América. ¿Quién ignora la vida de sacrificios y de abnegacion que soportó para realizar su grandioso fin? Pasma, á la verdad, cuanto hizo por arrancar á los indios oprimidos de las manos de sus opresores; pero mucho mas asombran el celo inagotable y la

caridad sin límites con que ganó para la fe de Jesucristo tantas naciones bárbaras y convirtió á la religion millares de hombres que no la conocian. Los que alguna vez achacaron á la Iglesia católica tendencias al despotismo, no han querido ver á la luz de aquellos hechos la refutación mas enérgica de sus argumentos. Las Casas es el continuador de esa dilatada serie de verdaderos héroes que han ofrecido y siguen ofreciendo al mundo rasgos tan hermosos y tan sublimes como el de San Ambrosio, cuando revestido con el hábito pontifical y en medio de sus sacerdotes aplicaba las penas mas severas de la Iglesia á un emperador que acababa de manchar sus manos con la sangre inocente de las víctimas de Tesalónica; de un Basilio que levantaba su voz para defender á los griegos de la persecucion de un soberano, empeñado en hacerles cambiar su símbolo de fe, y dirigiéndola al monarca que le amenazaba: « Mirad, le decia, no desconozco el destierro, pues este país que habito no es el mio; en todas partes hallaré mi patria, porque todo el mundo pertenece á Dios. ¿Qué me harán los tormentos, estando mi cuerpo tan débil y extenuado? El primer golpe bastará para destruirlo: la muerte será una gracia, porque me hará llegar mas pronto á Dios para quien vivo y al cual voy encaminado con todas mis fuerzas hace mucho tiempo... (1); » de Flaviano, en fin, que se constituye defensor del pueblo de Antioquia caido en desgracia del emperador y contra el que habia este fulminado la sentencia de muerte. El sacerdote católico se adelanta hasta

(1) Fleury, *Histoire ecclés.* liv. XVI.

el trono del monarca « para hablaros, dice á este, no en nombre de un rey poderoso como vos, sino de otro á quien los ángeles obedecen y todo el orbe se somete. » Este mismo fué el lenguaje de Las Casas cuando en pié delante del trono del soberano mas poderoso en aquella época: « No habeis recibido de Dios las Indias, le decia, para la destruccion de sus habitantes sino para procurar su conversion... Hay un Rey ante el cual comparecerán los reyes para darle cuenta de la administracion del poder que recibieron, y entónces, señor, ¡ ay de aquel cuyas manos se hubiesen manchado con la sangre de vasallos inocentes! » Pocos rasgos de energía sacerdotal presenta la historia mas hermosos que este ni que merezcan con mayor justicia colocarse al lado de los mas brillantes que hermosean la vida de los primeros Padres de la Iglesia católica.

Cuando los disidentes acusan al catolicismo de proteger el despotismo de los reyes, olvidan que solo en su seno se han encontrado ejemplos de fortaleza apostólica tan heróicos, siendo constante que, mientras la filosofia huye, la Iglesia católica todo lo arrostra y se expone á todo por evitar calamidades á los pueblos, pudiendo aplicarse á los disidentes lo que de los filósofos de Antioquia escribia San Juan Crisóstomo: « ¿Dónde están los que llevan palio, larga barba y báculo en sus manos? todos han huido; abandonando á sus conciudadanos, han corrido á ocultarse en las cavernas (1). »

Para el sosten de todas aquellas misiones, el rey de

(1) S. Crisóst., hom. XX.

España hizo establecer los grandes colegios de San Fernando, de Zacatecas, de Santa Cruz y de Zapopan cuyos individuos subrogaron á los jesuitas despues de la supresion de este instituto. Mas las providencias del gobierno que arrebataron á la Iglesia la administracion de los fondos de misiones y enajenaron estos vendiéndolos á especuladores, privaron á los obispos y á los sacerdotes de los medios que habian sido puestos á su disposicion para llevar á cabo la grande obra de la conversion y civilizacion de los indígenas mejicanos. Las misiones han caido hasta el extremo de que en su mayor parte han sido abandonadas por falta de individuos y de medios para sostenerlas.

La separacion de las Californias de la República Mejicana dió lugar al establecimiento de dos nuevas diócesis en el territorio encargado ántes á los misioneros. Las misiones fueron entónces organizadas por los nuevos obispos en los límites de sus respectivas diócesis, y un gran colegio, abierto por los PP. de la Compañía de Jesus, recibe en su seno á la juventud que desea adquirir ciencia y virtud. El metropolitano de San Francisco estableció ademas un noviciado de PP. dominicanos, y los sacerdotes de este instituto, á cuyo número pertenece aquel prelado, ejercen tambien su ministerio entre los protestantes, recogiendo por fruto de su trabajo numerosas conversiones á la fe católica.

Los efectos de la malisima situacion que atraviesa Méjico hace medio siglo, se han dejado sentir con violencia en las órdenes religiosas llamadas principalmente por su objeto á cooperar á la propagacion de la Iglesia

católica. La Santa Sede delegó sus facultades en el obispo de Michoacan, á fin de que las visitase y extirpase de ellas los abusos introducidos por las circunstancias de los tiempos. La ejecucion de lo dispuesto por el Papa excitó el descontento de muchos, y un gobierno débil para contener el mal, suspendió el *exequatur* al breve de delegacion y dejó por entónces sin efecto la reforma de los regulares.

Los pueblos miéntras tanto no habian dejado de pedir con instancias el restablecimiento de la Compañía de Jesus en el territorio mejicano. El ayuntamiento de Guadalajara en una exposicion dirigida con este objeto decia al gobierno : « La Compañía, considerada como instituto religioso, promete las mas sólidas esperanzas para nuestra sociedad en la enseñanza de la religion y de la moral del Evangelio : atendidas sus incesantes tareas y sus arriesgadas empresas en la conversion de los infieles, ella nos brinda con la paz en nuestras fronteras, con la seguridad de la vida y de la propiedad en inmensas regiones que hoy son inhabitables, y garantiza la existencia y su futuro bienestar á innumerables tribus condenadas hoy á la muerte y sepultadas en la barbarie. Si observamos su dedicacion á la enseñanza pública, es la Compañía la prenda mas segura que un gobierno sabio y paternal puede dar á Méjico de que se planteará una instruccion tan sólida y sana como rica y variada. La Iglesia mejicana ansia por unos auxiliares tan activos y tan incansables, que se encuentran en todas las naciones y en todos los caminos, en la tierra y en los mares, en las ciudades y en los desiertos, en las bibliotecas y en los talleres, en las

córtes y entre los salvajes, acreditando siempre y en todas partes el sublime designio que anuncia el lema de su estandarte : A MAYOR GLORIA DE DIOS (1). » Estos sentimientos que expresaba el municipio de Guadalajara, eran las convicciones que en orden á la Compañía abrigaba la república entera. Los jesuitas fueron restablecidos por un decreto del presidente de la república, y sus colegios abiertos de nuevo para la juventud, su hábil dirección se hizo desde luego sentir en todas partes con infinitas ventajas de la sociedad; mas este fué un bien de duracion cortísima. Una administracion que se decia liberal los suprimió poco tiempo despues. Los hombres que componian entonces el gobierno se proponian, segun decian, copiar en Méjico la marcha republicana de los Estados Unidos del Norte; pero al dar aquel paso contradecian su programa, porque en la América del Norte existen hoy cerca de setecientos jesuitas (2), dirigiendo colegios y universidades, seminarios y misiones. Mentian al decir á los pueblos « que trabajaban por su progreso, » porque cuando el gobierno de los Estados Unidos se empeñaba en civilizar á los Cabezas chatas, á los Piés negros, á los Ranas, á los Okakanes y, en fin, á todas las tribus que recorren los inmensos territorios de Hudson, de las Montañas pedregosas y de la Roca Amarilla, protegian á los heróicos jesuitas que visitaban esos lugares y establecian misiones entre esos bárbaros, con peligro inminente de su vida. Ese mismo gobierno, los protestantes que lo

(1) Oficio del ayuntamiento de la ciudad de Guadalajara al supremo gobierno de Méjico.

(2) Nota n.º 4 (d).

componen y los ministros de las diversas sectas disidentes que influyen en los negocios de aquella gran república, elogiaban con el mas vivo entusiasmo rasgos tan heróicos como los que comprenden las pocas líneas del célebre Padre Smit que á continuacion copiamos y que repetian todos los diarios norte-americanos : « Contando desde el principio de Abril de este año (1), he recorrido cinco mil millas, he bajado y subido el rio de Columbia, he visto perecer á cinco de mis compañeros de viaje en los escollos de este rio, costeando las riberas del Wallamete y del Oregon; he recorrido diferentes cadenas de las montañas Pedriscas, atravesado por segunda vez el desierto de la Roca Amarilla en toda su extension, bajado el Misouri hasta San Luis, y en toda esta larga travesía ni una sola vez he carecido de lo necesario, ni he recibido el menor daño. »

Al precio de tantas fatigas, apoyándose sobre una voluntad inalterable y recibiendo con placer los auxilios de ricas compañías de especuladores que explotan aquellos lugares remotos, los jesuitas obraban aquellos prodigios. ¿Cuántos habrian realizado en el territorio mejicano y entre los bárbaros de Chiapas, Sonora y Sinaloa, si el gobierno les hubiera dejado trabajar en paz ya que les rehusaba su proteccion? Yo no sé qué especie de vértigo sufren á veces los hombres de gobierno en las repúblicas hispano-americanas para incurrir en contradicciones tan manifiestas y tan humillantes para ellos mismos á la vez. Se quiere progreso y se persiguen los elementos mas

(1) Año de 1842.

activos y mas eficaces para establecer las bases del único sólido y verdadero que puede existir. Se toma por modelo á una república cuyo sistema elogian los liberales hasta el fastidio, y se procede de una manera del todo opuesta á lo que allí se ejecuta. Esto pone en transparencia á los hombres que de esa manera obran. No, no es el progreso de los pueblos el que les sirve de guia al dictar providencias tan opuestas á los intereses de estos; lo que, sí, les instiga son esas preocupaciones miserables que les arrastran á obrar contra la conciencia pública, contra la voluntad de la nacion y contra el bien de sus mismos gobernados. Viles instrumentos, en esos casos, los que gobiernan de pasiones propias y ajenas, excitan contra sí la indignacion universal, siendo esta misma el castigo bien merecido de su proceder. ¡Vergüenza para el magistrado que tuerce de ese modo la senda que le marca la justicia! ¡Baldon para el hombre público que así vende los intereses de los pueblos que representa!



CAPÍTULO XXXIV

Situacion política. — Trastorno completo de ideas. — Guerra social. — El territorio de la república cruzado por montoneras. — Hecho curioso. — Desquiciamiento general. — ¿Cuál será el porvenir de Méjico. — Conclusion.

Vamos á dar la última ojeada sobre el desventurado Méjico, vamos á indicar aunque sea sumariamente las consecuencias amargas que produjo esa serie de hechos repugnantes los unos y monstruosos los otros que hemos mencionado ya y con los que los supuestos defensores de la libertad y del progreso del pueblo ponian á prueba la fortaleza incontrastable de la Iglesia católica. Un escritor eminente ha dicho: « Nadie pudo deprimir á mansalva la fe del pueblo, » y ningun Estado de América palpa con tanta evidencia esa verdad como Méjico. Su situacion política es un perenne choque tan encarnizado como violento de la anarquía con un poder débil y falto de recursos para contener sus excesos. Desde Chiapas hasta Tejas y desde Veracruz hasta Acapulco, toda la república presenta el mismo tristísimo espectáculo, es-